

CINCO METROS CUADRADOS

Escrito por “Púrpura”

Aquel fue un día especialmente abrumador. No solo por lo grisáceo del cielo, que parecía envolverlo todo con un presagio de tormenta, sino porque cada pequeño acontecimiento pareció encajar con una precisión casi matemática para empujarme, paso a paso, hasta el borde del desquicio.

Fue uno de esos días que deseas que terminen desde el primer sorbo de café de la mañana, y que te obligan a mantener los puños y la mandíbula apretados en un intento absurdo de comprimir el tiempo. Como si entre los dedos y los dientes pudieras retener cada minuto de unas horas que, sin duda, se arrastrarán más lentas de lo habitual.

La reunión con Paula días antes, no había ido precisamente bien. Desde entonces, la saliva me sabía amarga, como si los días enteros se hubieran oxidado dentro de mi boca. Y el presentimiento de que prescindirían de mí empezaba a tomar forma sólida en mi cabeza.

- Raúl, las cuentas son las que son y el presupuesto es el que es.

Una frase breve, pero lo suficientemente ambigua como para abrir un abanico infinito de interpretaciones. Todas malas.

Escenarios distintos de una misma empresa que, desde el covid, nunca supo reponerse. Digamos que la gente, hoy en día, prefiere comprarse una sandwichera por internet (tocando dos veces una pantalla desde el sofá vistiendo el pijama de lunares verdes) a presentarse en nuestra tienda y escuchar un “*Bienvenido a ElectroMax, ¿en qué puedo ayudarle?*”, acompañado de una sonrisa ensayada y de un bombardeo con las ofertas de la semana.

Como era de esperar, aquella jornada culminó como tantas otras; con la incertidumbre pintando el aire y con la camisa pegada al cuerpo por el sudor que me arrancaban los nervios.

Realmente no estaba pasando un buen momento. Unos buenos meses, unos buenos años.

Mi frente, cada vez más extensa por la retirada del cabello, y las dos bolsas grisáceas que precedían mi mirada, turbia como el agua estancada, así lo delataban. La alarma sonaba más estrepitosa cada mañana y en las sábanas de la cama ya no encontraba por las noches un calor que me abrazara.

Marta, mi mujer, lo olía.

Me olía la decadencia desde lejos. Y desde hacía tiempo. Como un insecto que huye de la flor venenosa, yo a ella le repelía sin retorno posible.

Y ya, ni siquiera necesitaba hacerme preguntas. Le bastaba con observar cómo dejaba las llaves sobre el mueble de la entrada al llegar a casa, siempre con el gesto abatido de alguien que hace tiempo que no gana ninguna batalla. O con escuchar los suspiros que se me escapaban al quitarme los zapatos, o con detestar la forma en que me servía una copa de vino antes incluso de saludar.

Aquel día, para culminar mi dicha, tuve que ir a recoger a mi hijo del fútbol, ese deporte al que un día yo mismo lo aficioné tirándole la pelota trescientas veces a esos piecitos que asomaban por el carricoche.

Ese día, en cada uno de los quince kilómetros que separaban nuestra casa de aquel pabellón en el que un puñado de niños jugaban a ser deportistas, me lamenté de cada una de esas trescientas veces.

Gonzalo era un niño risueño. Tenía una forma de mirar el mundo como si todo acabara de ser creado ese mismo día.

Yo, en cambio, curtido por la noción de que el mundo había sido creado, marchitado y casi derruido hacía ya muchísimos años, lo observaba a través de un cristal imaginario que parecía separarnos siempre.

Aunque era sangre de mi sangre, debo admitir algo que nunca me atreví a decir en voz alta: jamás sentí lo que Marta sentía por nuestro hijo. Ni siquiera el día de su nacimiento. Recuerdo sostenerlo entre mis brazos y sentir que tenía frente a mí a un completo desconocido. Un ser diminuto que me miraba esperando encontrar amor en unos ojos que sólo devolvían desconcierto.

Recuerdo a todos aquellos rostros conocidos dándome la enhorabuena con una euforia que, en teoría, también debería haber habitado en mí, pero que nunca consiguió atravesar la distancia que yo mismo había levantado.

Prometo que observé a Gonzalo cada noche hundirse en sus sueños, y en ninguna de ellas logré hallar en su boca, en sus orejas, en su nariz o en su pelo un solo milímetro que compartiéramos. Tenía el pelo rubio como su madre y aquella energía arrolladora de su abuela materna, dejando los genes de los Pérez abandonados en el saco vitelino. O tal vez fue la vaguedad de mis espermatozoides la que, sin proponérselo, decidió que yo no sería más que un mero trámite biológico en su existencia.

Así que lo crié como supe; desde la cuenta bancaria. No apareciendo nunca ese amor en mi ser del que otros padres hablaban.

Aquel día ni siquiera me dio tiempo a salir del coche. Gonzalo abrió la puerta del copiloto al instante de llegar, como si llevara minutos vigilando mi llegada. Se dejó caer en el asiento con el chándal empapado y las botas cubiertas de barro. Recuerdo el sabor férreo de la sangre brotando de mi lengua al mordérmela con rabia, solo para no reprocharle que estuviera manchando la tapicería de mi preciado coche.

Probablemente hubiera un concierto, un partido importante, una manifestación o cualquier otra excusa de esas que parecen multiplicar a los conductores mediocres. El tráfico a aquella hora era infernal. Además, la lluvia parecía haber invitado a todos los inútiles de la ciudad a invadir las calles con sus conducciones torpes y temerarias, convirtiendo la vuelta a casa en una auténtica pesadilla.

- Papá, ¿qué hay de cenar? – recuerdo esa vocecilla dulce interrumpiendo el noticiario que salía de los altavoces del salpicadero del coche.
- No lo sé, Gonzalo. Supongo que sopa de letras. Como te gusta.
- ¿Otra vez sopa, papá?

De nuevo aquel sabor a hierro en mi boca.

No lo culpé. Mi desquicio llevaba horas fermentando dentro de mí, pero lo que menos necesitaba a las diez de la noche era un niño poniendo palabras a una precariedad que me estaba asfixiando.

“Última hora: continúan los enfrentamientos en la región, mientras las autoridades internacionales piden una desescalada inmediata del conflicto y el retorno a la mesa de negociaciones.”

Aquellas noticias sobre las guerras y la ruina humana parecían bordar la tela de desgracia cosida por el día. Sin embargo, la desazón que aquella crónica provocó en mí parecía no inmutar a Gonzalo que, crecido en la costumbre de las calamidades que nos rodeaban, mostraba una empatía anestesiada. Resultaba inquietante como los niños de las nuevas generaciones no parecían perturbarse ante lo ruin de este mundo.

Calculo que tardamos cerca de cincuenta minutos en recorrer un trayecto que normalmente no superaba los treinta. Aun así, llegar al barrio tras aquel día insufrible borró por un instante cualquier sensación de malestar. Las calles estrechas y la suciedad

característica de los barrios obreros abandonados por las instituciones, pareció por un instante un pequeño edén de sosiego.

Pero esa sensación de desolación no me abandonó por mucho tiempo.

Como venía ocurriendo desde hacía meses, no quedaba ni una sola plaza de aparcamiento.

Ni en nuestra calle ni en las de alrededor. Así que tocó dar vueltas, probando suerte.

Que hubieran decidido plantar aquellos contenedores gigantes a mitad de calle no ayudaba, y tampoco lo hacía el hecho de que cada vecino pareciera tener de media dos o tres coches. Mientras tanto, yo tenía que tratar el cuero del Seat León como si fuera oro y agradecer la sopa de letras cuatro noches por semana.

Finalmente decidí parar el coche en doble fila y esperar a que alguien saliera, aclamándole a la suerte que me brindara una oportunidad para ponerle fin al día.

Suponer que algún vecino abandonaría su hogar para dirigirse a otro lugar a esas horas de la noche era, quizás, una apuesta demasiado optimista. Pero no quedaban muchas alternativas.

Recuerdo a Gonzalo jugar con aquellos dedos suyos, finos y largos como sanguijuelas, con los botones de la radio, hasta dar con aquella emisora de música obscena y estridente que tanto parecía gustar a los niños de su edad.

- Te he dicho quinientas veces que no me gusta que escuches esto, Gonzalo. – Le dije mirándolo con los ojos lo más abiertos que podía, como si de algún modo pudiera hacer salir de mis órbitas la poca autoridad que sentía tener.
- Pues mamá me deja ponerla mientras me ducho. – respondió sin mirarme, cruzándose de brazos.

“Mientras me ducho”.

Recuerdo perfectamente aquella frase porque me hizo caer en una cuenta incómoda; la última vez que vi a mi hijo bañarse tenía aproximadamente tres años.

De hecho, ni siquiera sabía que ya se duchaba solo, sin estar rodeado de espuma y ballenas de plástico en un baño interminable. Tampoco sabía cómo era el cuerpo de mi hijo en ese momento; si hacía crecido, si seguía siendo tan delgado como siempre, si su ombligo pronunciado había logrado por fin acomodarse en su vientre o si el lunar de su espalda continuaba dibujando aquella pequeña luna creciente que un día me hizo tanta gracia.

Aturdido por la pesadez de mis pensamientos, murmuré:

- Oye... ¿por qué no bajas un momento y miras si ves algún hueco para aparcar?

Se quedó pensándolo unos segundos. Luego miró la lluvia, que ya había amainado.

- Vale.

Cerró la puerta con cuidado y salió del coche.

Lo vi alejarse unos metros bajo la luz amarillenta de una farola. El chándal oscuro absorbía la humedad de la noche y sus zapatillas chapoteaban levemente sobre el asfalto mojado.

Irónicamente, sentí cierto alivio cuando me quedé solo dentro.

Solo en aquel coche.

Solo en aquella noche.

Durante unos segundos el silencio me envolvió como una manta pesada. El limpiaparabrisas seguía moviéndose con ese ritmo hipnótico que tienen las máquinas cuando trabajan para nadie.

Torné la radio un poco más fuerte, invitando a aquella música odiosa a reventarme los tímpanos y a coagularme la sangre, como si aquel ruido fuera la forma más sencilla y torpe de autoinmolarme.

Apoyé la cabeza en el reposacabezas y cerré los ojos. Recuerdo haber pensado, con una claridad dolorosa, que probablemente era el hombre más desgraciado del mundo. Y recuerdo también que, en ese momento, aún no tenía la menor idea de hasta qué punto estaba equivocado.

Recuerdo las luces de aquel coche pintando haces de cordura en aquella noche imposible. Desde el retrovisor lo vi, interrumpiendo mi pesimismo, como si del mismísimo Arcángel Gabriel se tratara; una aparición que, como a María para anunciarle su gloria, vino ante mí a salvarme el día.

Aquel conductor arrancó su coche haciendo rugir ese motor que todavía hoy recuerdo con precisión enfermiza, anunciando así su retirada.

Por fin un aparcamiento libre. Cinco metros cuadrados de asfalto donde depositar mi coche y poner fin a aquel cuatro de marzo que luego quise olvidar para siempre.

Meter marcha atrás en aquel trasto era siempre una operación tediosa, pues la oxidada palanca de cambios, aferrada a la frase “para atrás, ni para coger impulso”, oponía siempre odiosa resistencia cada vez que intentaba domarla.

Recuerdo acelerar con sumo entusiasmo, pues me separaban del aparcamiento recién liberado unos cien metros y sabía que, como yo, habría decenas de inútiles acechando como buitres cualquier oportunidad para abandonar sus coches.

Imposible sacarme de la cabeza aquel cruel ruido.

El sonido seco de la vida estrellándose con mi parachoques trasero.

Supe al instante que era una persona, y no un arbusto o una farola, con lo que había chocado. Lo supe porque me invadió de inmediato ese terror pesado y culpa espantosa que solo Dios puede enviarle a un asesino. Como lo fui yo.

La soledad de la calle y la impavidez de aquellas horas me dejó solo, frío y paralizado en el asiento de cuero. Durante un minuto esperé impaciente a que alguien golpeará mi ventanilla, furioso por haberle amoratado la pierna o roto la bici.

En lugar de eso, no hallé nada, tan solo el silencio vacío que deja la vida cuando se va.

Finalmente me armé del poco valor que guardaba, escondido en el nudo de la corbata que decía mentirosa que yo era un hombre de bien, y me bajé del coche dejando a aquella música del diablo poner banda sonora al día más triste de mi existencia.

Entonces lo vi.

Estaba en el suelo, tirado como trapo desarmado, con una expresión en el rostro imposible de describir. Aunque no había demasiada sangre, tampoco había pulso. Ni resquicio de vida en aquellos ojos que, perplejos, miraban hacia ningún lugar.

Más tarde sabría que fue una conmoción cerebral; oleadas de sangre inundando un cerebro aun lleno de ilusiones.

Y he de decir que, en ese rostro desencajado, roto de dolor y sufrimiento, vi por primera vez en mi Gonzalo, aunque ya muerto, el vivo reflejo de su padre.

Y cuando me arrodillé junto a él y lo estreché entre mis brazos, lo sentí enseguida. Aquel calor que nunca supimos darnos en vida me atravesó como un puñal hirviente.

Y entonces comprendí, con una claridad insoportable, la única forma en que mi hijo y yo habíamos logrado unirnos para siempre:

él muerto...

y yo condenado a haberlo matado.